

llegar al fin de esta vida mortal. Así que cada uno haga justicia, si puede, antes de morir.» Mirad esos monstruos que ha destruido, últimos recuerdos de las antiguas guerras contra las razas inferiores y de la religión primitiva; considerad esa vida peligrosa, esas noches pasadas sobre las olas, esos esfuerzos del hombre en pugna con la naturaleza bruta, ese pecho invencible que estruja los pechos bestiales, y aquellos colosales músculos que arrancan á los monstruos jirones de carne, y veréis reaparecer, entre las nebulosidades de la leyenda y á la luz de la poesía, á los hombres valerosos que, en medio de los desafueros de la guerra y los arrebatos del temperamento, empezaban á asentar un pueblo y á fundar un Estado.

## V

Un poema casi entero, con dos ó tres fragmentos de poemas, he ahí todo lo que subsiste en Inglaterra de esa poesía seglar. El resto de la corriente pagana, germana y bárbara, quedó detenido ó cubierto, primeramente por la introducción del Cristianismo, y después por la conquista de los francos de Normandía. Pero lo que subsiste basta y sobra para mostrar el extraño y poderoso genio poético que hay en la raza, y para que se vea de antemano la flor en el capullo.

Si hubo jamás en alguna parte un profundo y serio sentimiento poético, es aquí. Esos hombres no hablan, cantan, ó más bien gritan. Cada uno de sus versos es una aclamación, y sale como un zumbido; levanta

sus poderosos pechos un estremecimiento de cólera ó de entusiasmo, y de pronto viene á sus labios involuntariamente una frase, una expresión oscura. Ningún arte, ningún talento natural para describir una á una y con orden las diversas partes de un acontecimiento ó de un objeto. Los cincuenta rayos de luz que cada cosa envía sucesivamente á un espíritu regular y medido, llegan á éste á la vez, en una sola masa ardiente y confusa, trastornándole con su sacudida y su aflujo. Escuchad estos cantos de guerra, verdaderos cantos atropellados, violentos, tales como cuadraban á aquellas voces terribles; es hoy, y á esta distancia, separados de nosotros por las costumbres, por la lengua y por diez siglos, todavía se los oye:

«El ejército sale (1). Los pájaros cantan. La cota de armas retumba. La viga de guerra (2) resuena; el escudo responde á la lanza. Entonces brilla la luna, errante entre las nubes; entonces se levantan las obras de venganza que debe cumplir la cólera de este pueblo... Entonces se oyó en la muralla el tumulto de la refriega mortífera. El escudo protector de los huesos hubo de romperse en las manos de los valientes. Las tablas de la ciudadela retumbaron, hasta que cayó en la batalla Garulfo, el primero de todos los hombres que habitan en la tierra; Garulfo, el hijo de Guthlaf. En torno de él yacían moribundos muchos valientes. Por encima giraba el negro y sombrío cuervo. Había un fulgor de espadas, como si estuviese ardiendo todo Finnsburg. Jamás oí contar batalla más hermosa de ver.»

(1) *Finnsburg*, publicado por Grein como apéndice á su edición especial de *Beowulfo*, páginas 75-76, Cassel, 1867.

(2) La lanza, la espada.

«Aquí, en Brunanburh, el rey Athelstan (1), el señor de los condes, que da brazaletes á los nobles, y su hermano, Edmundo el Adalingo, han ganado una gloria tan larga como la vida con los filos de las espadas. Los hijos de Eduardo partieron el muro de los escudos é hicieron astillas las nobles banderas con los golpes de sus hachas... Cayeron los enemigos, guerreros de los escotos y hombres de las naves, heridos de muerte, y la llanura tuvo por abono la sangre de los hombres. Entre tanto, el alto sol, la gran estrella, el brillante luminar de Dios, de Dios el Señor eterno, pasó por encima de la tierra al venir la mañana, hasta que al fin la noble criatura se precipitó hacia su ocaso. Allí yacían muchos guerreros del Norte, derribados por los dardos, caídos sobre sus escudos, desfallecidos, rendidos de la batalla. Tras de sí dejaron, para gozar de los cadáveres, el negro cuervo de pico de cuerno, y el águila roja de plumaje pálido, comedora de carne, y el voraz gavilán de las batallas, y la bestia parda, el lobo de los bosques.»

Aquí todo son imágenes. En aquellos cerebros apasionados, los hechos no se presentan desnudos, bajo la seca etiqueta de una palabra exacta, sino que cada uno penetra con su cortejo de sonidos, de formas y de colores, suscitando casi una visión, una visión completa, con todos los sentimientos que la acompañan, con la alegría, con el furor, con la exaltación que la sostienen. En su lenguaje, las flechas son «las serpientes de Hela, lanzadas de los arcos de cuerno»; las embarcaciones son «los grandes caballos del mar»; el mar es «la copa de las olas»; el casco es «el castillo de la cabeza». Necesitan un lenguaje extraordinario

(1) Turner, II, 280. Canto sobre la batalla de Brunanburh.

para expresar la violencia de sus sensaciones, y eso hasta el punto de que, cuando decae la inspiración primitiva y el arte reemplaza á la naturaleza, los eskaldas de Islandia, el país donde se extremó esa poesía, llegan á la jerga más retorcida y oscura. Pero, sea la que quiera la imagen, aquí, como en Islandia, es demasiado débil, si es única. Los poetas no han satisfecho su anhelo íntimo, si no le desahogan más que en una sola expresión. Una y otra vez vuelven sobre su idea y la repiten: «¡El alto sol! ¡La gran estrella! ¡El brillante luminar de Dios! ¡La noble criatura!» Cuatro veces seguidas se le figuran, y siempre bajo un nuevo aspecto. Todas sus fases surgen en un instante ante los ojos del bárbaro, y cada expresión es como un acceso de la semialucinación que le obsediaba. Bien se comprende que, en tal estado, á cada paso se rompe el orden regular de las palabras y las ideas. La sucesión de los pensamientos no es la misma en el visionario que en el que discurre serenamente. Un color atrae otro; de un sonido pasa á otro sonido; su imaginación es una serie de cuadros que se suceden sin explicarse. Tuerce y trastorna la frase; grita la expresión viva que le ocurre en el momento en que le ocurre; salta de una idea á otra idea lejana. Cuanto más fuera de sí se ve transportada el alma, mayor es la rapidez con que salva grandes intervalos. En una carrera recorre las cuatro partes de su horizonte, y toca en un instante objetos que parecen separados por todo un mundo. Aquí las ideas se enmarañan, revueltas unas con otras; de pronto el poeta, merced á un recuerdo brusco, reanuda el pensamiento que interrumpió, y corta el que está expresando. Imposible traducir esas ideas dislocadas que desconciertan toda la economía de nuestro estilo moderno. A menudo no

se entienden (1): los artículos, las partículas, todos los medios de aclarar el pensamiento, de indicar las relaciones de los términos, de unir las ideas en un cuerpo regular, todos los artificios de la razón y de la lógica se suprimen (2). La pasión ruge aquí como enorme bestia informe; surge y se agita en versos abruptos: no hay bárbaros más bárbaros. La feliz poesía de Homero se desarrolla en amplios relatos, en ricas y extensas imágenes. Jamás le parecen muchos todos los pormenores de una pintura completa; se complace en ver los objetos, se para á contemplarlos, goza de su belleza, los adorna de sobrenombres espléndidos; se parece á esas doncellas griegas que se encontrarían feas si no hiciesen brillar sobre sus brazos y sus hombros todas las monedas de oro de su bolsa y todos los tesoros de su cofrecillo; sus amplios versos cadenciosos ondulan y se despliegan como una túnica de púrpura á los rayos del sol jónico. Aquí manos toscas amontonan y estrujan las ideas en un metro reducido; si hay una especie de medida, no se guarda más que aproximadamente; por todo adorno eligen tres palabras que empiezan con la misma letra. Todo su afán es abreviar, condensar el pensamiento en una especie de clamor truncado (3). La energía de la impresión

(1) Los más hábiles entre los eruditos que saben el anglosajón reconocen la oscuridad de ese pensamiento. V. Turner, Conybeare, Thorpe, etc.

(2) Turner, III, 261. Nuestras traducciones, por literales que sean, falsean el texto: nuestra lengua es demasiado clara, demasiado lógica no se puede comprender esa forma extraordinaria de espíritu más que tomando un diccionario y descifrando durante quince días algunas páginas de anglo-sajón.

(3) Turner hace notar que la misma idea expresada en prosa y en verso por el rey Alfredo ocupa en el primer caso diez y seis palabras, y en el segundo siete. *History of the Anglo-Saxons*, III, 269.

interior que, no acertando á explayarse, se concentra y duplica acumulándose; la rudeza de la expresión exterior que, esclavizada á la energía y las sacudidas del sentimiento íntimo, no hace más que manifestarlo intacto y borroso á despecho y á expensas de toda regla y de toda belleza: he ahí los rasgos característicos de esa poesía, que serán también los rasgos característicos de la poesía siguiente.

## VI

Una raza constituida así estaba completamente preparada para el cristianismo por su tristeza, por su aversión á la vida sensual y expansiva, por su inclinación á lo serio y á lo sublime. Cuando los hábitos sedentarios ofrecieron á su alma largos ocios, y disminuyeron el furor que alimentaba su religión mortífera, se inclinaron de suyo hacia una nueva fe. La vaga adoración de los poderes naturales que se combaten eternamente para destruirse, y renacen para combatirse, hacía mucho que había desaparecido en una oscura lontananza. La sociedad traía consigo, al formarse, la idea de la paz y la necesidad de la justicia, y los dioses guerreros palidecían en la imaginación de los hombres al mismo tiempo que las pasiones que los habían creado. Siglo y medio después de la conquista sajona (1) llegó, cantando letanias, una procesión de misioneros romanos que llevaban una

(1) 596-625. Ag. Thierry, I, 81; Beda, II, XII. Vale más seguir la traducción del rey Alfredo que el latín de Beda.